



HOMENAJE A RAMÓN MONTOYA EN EL 7º CONGRESO FORESTAL ESPAÑOL, discurso por Gerardo Sánchez (MAPAMA)

Parece ser que en un discurso lo más difícil es la primera frase. Así que ya la he dejado atrás.

A Ramón Montoya le encantaba esta cita, una manera humilde, inteligente y a la vez impecable de empezar cualquier discurso.

Resulta difícil describir a Ramón de una forma sencilla dado lo poliédrico de su actividad y su impenitente agarofobia, esa divertida forma que tenía de describir la incesante actividad que desarrollaba, su “miedo al vacío” cuando había tantas cosas por hacer, por aprender, por descubrir. Y así existen múltiples Ramones, tanto como todas las facetas que desarrollaba con pasión y sin descanso: ingeniero de montes, incansable montañero, eterno estudioso de los árboles y del paisaje, pero sobre todo luchador apasionado e infatigable por aquello en lo que creía justo y veraz.

Nativo y enamorado de la tierra segoviana que le vio crecer, sus andanzas desde joven discurrieron a ambos lados de la sierra de Guadarrama, que más que barrera geográfica natural se convirtió en su campo de juego y de aprendizaje, junto a las raíces granadinas de sus ancestros de los que heredó su amor por el flamenco. Seriedad, rigor y bonhomía van definiendo su carácter esos años donde la impronta familiar nos marca de una forma suave pero indeleble.

Llegado el momento de ir a la Universidad elige la disciplina de Ingeniero de Montes que acaba en 1963 y donde se va forjando su pasión por la sanidad forestal. Ingresó al poco tiempo como Entomólogo en el Servicio de Plagas Forestales. En dicho Servicio optó por lo que sería su pasión durante el resto de su vida: la investigación y conocimiento sobre el cuidado sanitario de los montes mediante estrategias selvícolas y métodos de lucha biológica, de una forma alternativa y complementaria a los entonces en boga tratamientos masivos fitosanitarios.

En 1971, con la creación del ICONA, pasó a formar parte de la Estación Central de Ecología. Su primera gran contribución fue el programa de pinares mediterráneos de la Organización Internacional de Lucha Biológica, cuyo principal objetivo era comprender la dinámica de las poblaciones de procesionaria del pino, y su estrecha vinculación con el bosque. En este marco, y en estrecha colaboración con el equipo de Ecología Química del CSIC, contribuyó a la síntesis de la feromona sexual de la hembra de dicho defoliador.

Pero quizás sea momento para dejar la voz de este recuerdo en manos de uno de sus entonces jóvenes discípulos para imaginarnos como era el trabajo y como lo afrontaba Ramón en aquellos años:

“Estaban buscando técnicos para trabajos de campo en Teruel sobre la procesionaria. Cuando me presenté en su oficina me recibió con afabilidad comenzando de inmediato una charla muy agradable donde destacaba su voz, especial, profunda, inconfundible. En su mesa había una lupa binocular y dibujos de insectos como personajes de ciencia ficción, también había una foto con unos señores del siglo XIX con una bicicleta delante como emblema de progreso, “caterpillar hunters” (cazadores de orugas), un ejemplo de los momentos iniciales de la entomología...”

Continúa comentando este técnico que tras ser enrolado en la aventura cuando llegué a Mora de Rubielos él había organizado un laboratorio muy básico pero con lo fundamental, un despacho, una sala de trabajo donde estaba la estufa, una mesa corrida con taburetes y las lupas binoculares para estudiar los insectos, y una sala climatizada por un radiador eléctrico con termostato, lleno de estanterías con cajas transparentes en las que sobre serrín había crisálidas durmientes de procesionaria, el “cuarto de la diapausa”.

Durante los siguientes años Ramón Montoya se dedica en cuerpo y alma al estudio sobre el terreno de la procesionaria y entonces el señor de chaqueta y corbata de la oficina triscaba por el monte con soltura y pisada firme abriendo siempre la marcha.

En la parcela experimental, un territorio de más de 12 mil hectáreas, Ramón Montoya puso en marcha un sistema de trabajo muy artesanal pero impecable en su metodología científica donde técnicos, guardas y operarios trabajaban codo con codo en campo y en laboratorio. Eran famosas entonces las competiciones entre Ramón y Rodolfo, un joven técnico recién incorporado, en la disección de orugas para la búsqueda e identificación de parásitos.



“[...] y entonces el señor de chaqueta y corbata de la oficina triscaba por el monte con soltura y pisada firme abriendo siempre la marcha”.



En 1974 organizó en Teruel el Congreso Internacional de Organización Internacional de Lucha Biológica, y junto a su compañero de trabajo Pierre Demolin, responsable de entomología forestal en el INRA francés protagonizó animados debates, grandes paseos por el monte y un foro donde durante años discutieron sin descanso de forma apasionada sobre la procesionaria, y el vino y las conservas de sardina, la otra pasión del investigador francés que Ramón compartía entre grandes risas, bromas inocentes y algo de socarronería castellano-francesa en la que más allá de las palabras se entendían las miradas agudas, el pensamiento crítico y el afán de conocimiento.

De entonces quedan sus excelentes manuscritos prolijos en detalles y en ciencia pergeñados con una amplia y singular letra en cuartillas y cuadernos que coleccionaba con devoción, y a los que recurría a modo de memoria histórica continua, tremendamente detallada y exacta.

Pero no solo era experto en lo propiamente forestal. En esos años visita con frecuencia y pasión el Museo de Prado, y tras una observación pausada de los lienzos de bodegones barrocos, identifica y escribe sobre los insectos pintados en ellos entre frutas, pescados, carnes, vinos y otras viandas.

En 1986 se crea el Servicio de Protección Contra Agentes Nocivos en los montes, liderado por su inseparable compañero y amigo Nestor Romanyk. Allí se hace cargo de un nuevo reto extraño por aquel entonces para todos los forestales: el impacto sobre los ecosistemas forestales de la contaminación atmosférica primero, y posteriormente el denominado cambio global. Y se sumerge de nuevo en el territorio del Sistema Ibérico, esta vez en el Maestrazgo, donde aparecen procesos de decaimiento relacionados con la central térmica de Andorra (Teruel). Frente al discurso oficial entonces imperante tuvo el valor y la franqueza de expresar públicamente que aunque nadie quiere nombrar a la contaminación atmosférica como agente del deterioro de los bosques, tengo la convicción basada en la observación continuada durante años y en el estudio de los bosques del área, de que era la causa más probable.



“Allí se hace cargo de un nuevo reto extraño por aquel entonces para todos los forestales: el impacto sobre los ecosistemas forestales de la contaminación atmosférica primero, y posteriormente el denominado cambio global”.



En esta época destaca su labor como responsable de la instalación y mantenimiento de las Redes Europeas de Seguimiento de Daños en los montes. Y es el inspirador, alma mater y redactor jefe de la revista ECOLOGÍA desde su fundación en 1987 hasta su jubilación en 1999.

Administrativamente era un luchador nato. Aunque se reconocía a sí mismo como un lego en la materia, defendió sin descanso los trabajos que coordinaba y las personas a ellos asociados. Recuerdo en 1992 cuando un Director General despistado olvidó pasar por su despacho para la firma de pago de listillas de operarios y dietas. Ramón instaló entonces su oficina “provisional” en la antesala del Director y día tras día trabajaba incansablemente de 8 de la mañana a 7 de la tarde sobre una silla y usando otra como mesa improvisada con la ayuda inestimable de Isabel, la administrativa del Servicio, mientras esperaba la llegada y firma necesaria del Director, hasta el día que este apareció por el ICONA y sorprendido por la insistencia y razones nunca exentas de buenas maneras de su funcionario, no solo firmó sino que se comprometió a hacerlo periódicamente sin más demoras.



“ Administrativamente era un luchador nato. Aunque se reconocía a sí mismo como un lego en la materia, defendió sin descanso los trabajos que coordinaba y las personas a ellos asociados”.

Una de las pasiones de Ramón era la escritura, y así nos ha dejado múltiples artículos sobre plagas forestales y ha contribuido de forma decisiva a dos publicaciones de referencia en nuestro país: Plagas de Insectos en las masas forestales españolas, y el Diccionario Forestal Español, del que fue además coordinador. Y paralelamente a su vocación como entomólogo, su interés por el estudio y la comprensión del ecosistema forestal le llevó a ser uno de los impulsores de la Sociedad Española de Ciencias Forestales, de la que fue vicepresidente desde su fundación en 1991.

Tras su retiro oficial en 1999 siguió colaborando de forma altruista y apasionada en el estudio de los montes y sus desequilibrios, pasión que compartía con incansables paseos por los senderos y trochas de la Sierra de Guadarrama. Permittedme compartir mi último recuerdo personal con él, dos días antes de dejarnos, cuando mi visita al hospital se convirtió por arte de magia en un certero y tremendamente lúcido análisis sobre la procesionaria del pino. Así era Ramón, forestal hasta el último aliento.

Todo esto no hubiera sido posible sin la infinita paciencia, comprensión, cariño de su mujer Sara y de sus tres hijas, María, Elena y Paula a las que “arrastraba” amorosamente verano tras verano primero a la Estación Biológica de El Ventorrillo y después al pueblo de Navacerrada, y con las que compartía su tiempo entre muestreo y muestreo por los pinares del Guadarrama. Familia que muchas veces en broma consideraban al laboratorio de Teruel como la “amante” que les robaba el tiempo de su querido Ramón.

En suma Ramón Montoya ha sido un excelente Ingeniero de Montes, un ejemplo con su conocimiento y la discreción que tan bien representan al espíritu de nuestra profesión, un apasionado estudioso de la Naturaleza, un atento oyente de lo que los bosques nos cuentan, y sobre todo un enamorado de la montaña, de la vida y de los bosques.

No quería acabar este breve recuerdo sin leeros algún retazo de un poema donde uno de sus mejores amigos de andanzas forestales y montañeras recuerda el vagabundeo de ambos, jóvenes estudiantes entonces, que en los años 60 iban recorriendo la península ibérica a golpe de mochila y pisadas, uno de cuyos periplos les trajo justo aquí, a Plasencia:

Permítanme al inicio
evocar su enjuta estampa de viajero itinerante
Pardo pantalón de pana
botas con piso blando de esparto
flaca mochila a medio lado
cual si de una alforja se tratara
Sin sombrero ni cayado
mata de negro cabello
calva incipiente, bisoña barba

Acuérdate Ramón amigo
de aquel viaje que cual peregrinos
hice yo contigo
tu hiciste conmigo
hicimos juntos y unidos;
Usando como verdadero camino
las veredas cordeles y cañadas
que allanaron y trazaron antes
con sus manadas y rebaños
los pastores trashumantes



Era justo ahora ha sesenta años
había entrada ya la primavera
descubrimos frondosos bosques de castaños
vimos grandes dehesas de encinares
y con copa más oscura alcornoques

De Guadalupe hasta Trujillo
Y de allí hasta el mismo Cáceres
en contacto con las esencias
de la profunda Extremadura
llegamos hasta a Plasencia
urbe medieval de tres culturas

Y cuando desde el mediodía
se divisa claro el perfil
de la hermosa perla del valle,
se desbordó incontinente
tu grave y altisonante facundia
Exclamando casi en un lamento
Pero concho parece que estoy
en mi Segovia natal
con acueducto y catedral,
y amurallada nada menos

Esto oyó un verato, que fumaba a nuestro lado
y sin aplasta su cigarro, altivo y educado;
te increpo en tono de genuino castúo.
Diga ,si le da igual a vucencia,
dos catedrales; si sabe que Plasencia
tiene dos catedrales; ha oído? dos

A lo que tu repusiste de inmediato
dos catedrales, vive dios
habéis dicho, y estoy seguro
que es impecable vuestra palabra y añadiste
Salve Plasencia y busquemos posada en esta cátedra;
para seguir pronto rumbo a Yuste a Garganta y luego a Gredos

Dicho esto, cuadramos las mochilas y nos dirigimos
a pernoctar al lado de la catedral



Hoy día en que se celebra el Congreso
a quien yo entrego estas palabras;
pues este amigo no podrá tampoco asistir al evento
y se emociona al comprobar que por un capricho del destino
todos te agradezcan en este congreso (ahí en Plasencia) que hayas sido, y sigas siendo,
un forestal como la copa de un pino.

Volviendo a mis primeras palabras, quizás en un discurso lo más difícil sea la última frase. La dejo de nuevo en boca de otro gran poeta muy querido por Ramón:

¡Silencio! El latido del mundo se escucha como nunca solemne: la Tierra acaba de alumbrar un árbol.

Muchas gracias